

TOMO TRES

ELEMENTOS
BÁSICOS
de la
VIDA
CRISTIANA

*W*ITNESS LEE Y
WATCHMAN NEE

T O M O T R E S

ELEMENTOS
BÁSICOS
de la
VIDA
CRISTIANA

WITNESS LEE Y WATCHMAN NEE

*Exclusivamente para distribución gratuita.
Prohibida su venta.*

Living Stream Ministry
Anaheim, California • www.lsm.org

© 2003 Living Stream Ministry

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida por ningún medio —gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación o sistemas informáticos— sin el consentimiento escrito del editor.

Edición para distribución masiva, agosto del 2003.

ISBN 0-7363-2224-8

Traducido del inglés

Título original: *Basic Elements of the Christian Life*, vol. 3
(Spanish Translation)

Véase la última página para obtener información
acerca de la distribución de esta literatura en su región.

Publicado por

Living Stream Ministry

2431 W. La Palma Ave., Anaheim, CA 92801 U.S.A.

P. O. Box 2121, Anaheim, CA 92814 U.S.A.

CONTENIDO

<i>Título</i>	<i>Página</i>
Prefacio	5
1 Dos principios relacionados con el modo de vivir: vivir según la vida o según el bien y el mal	7
2 La manera en que se edifica la iglesia	25
3 Orar-leer la Palabra	37
Dos siervos del Señor	45

PREFACIO

Este libro se compone de tres capítulos, los cuales presentan algunos elementos básicos de la vida cristiana.

Este material ha sido publicado anteriormente como tres folletos separados: *Dos principios relacionados con el modo de vivir*, por Watchman Nee y *La manera en que se edifica la iglesia* y *Orar-leer la Palabra*, por Witness Lee.

CAPITULO UNO

DOS PRINCIPIOS RELACIONADOS CON EL MODO DE VIVIR: VIVIR SEGUN LA VIDA O SEGUN EL BIEN Y EL MAL

“Porque por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7).

“Y he aquí se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con El” (Mt. 17:3).

“Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo” (v. 8).

“A El oíd” (v. 5b).

“Yo en muy poco tengo el ser examinado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me examino a mí mismo. Porque no estoy consciente de nada en contra mía, pero no por eso soy justificado; pero el que me examina es el Señor” (1 Co. 4:3-4).

“El árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal” (Gn. 2:9b).

“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (vs. 16-17). (La expresión *del bien y del mal* conlleva el significado de lo que es correcto o incorrecto, bueno o malo, con respecto a la conducta.)

Cuando Dios creó al hombre, tuvo en cuenta que éste necesitaría alimentarse. Darle vida fue sólo el comienzo; ahora, debía sustentar esa vida a base de alimentos. Puesto que el hombre era un ser vivo, Dios tenía que proveerle algún medio para su subsistencia. El hombre no sólo necesita vida, sino también un modo de sustentar esa vida. Dios deseaba que el hombre llegase a depender de El para su subsistencia, de la misma manera en que dependería de los alimentos. “Porque en El

vivimos, y nos movemos, y somos" (Hch. 17:28). Por esta razón, Dios nos habla usando una parábola, la de los dos árboles: el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal. Estos dos árboles nos muestran en figura que el hombre puede vivir por dos tipos de alimento: o por la vida, o por el conocimiento del bien y el mal. Muchas personas han leído acerca de los dos árboles en Génesis 2, pero quisiéramos recalcar que estos dos árboles fueron colocados allí para mostrarnos que los hombres, y en particular los cristianos, pueden vivir regidos por dos principios diferentes, a saber: el principio del bien y del mal, o el principio de la vida divina. Algunos cristianos toman el conocimiento de lo bueno y lo malo como la norma de su vida, mientras que otros toman como su norma la vida divina.

Quisiéramos examinar delante de Dios estos dos principios que rigen la vida del hombre. ¿Qué significa que una persona viva según el principio del bien y del mal? ¿En qué consiste vivir conforme a la vida divina? Muchas personas sólo son gobernadas por el principio del árbol del conocimiento del bien y el mal, otras se guían por el principio del árbol de la vida, y aun otras viven regidas por ambos principios. La Palabra de Dios nos dice que el que coma del árbol del conocimiento del bien y del mal ciertamente morirá, y que el que coma del árbol de la vida vivirá. Dios también nos muestra que todo el que viva por el conocimiento del bien y del mal, no podrá vivir delante de El. Si alguien quiere vivir siempre delante de Dios, entonces necesita saber lo que significa comer del fruto del árbol de la vida.

DOS PRINCIPIOS RELACIONADOS CON LA VIDA CRISTIANA

Quisiera añadir otro principio relacionado con el modo de vivir: el principio del pecado. Podemos decir que todos los seres humanos viven conforme a cualquiera de estos tres principios: viven gobernados por el pecado, o viven gobernados por el conocimiento de lo bueno y lo malo, o viven guiados por la vida divina.

¿Qué significa esto? Es muy sencillo. Muchas personas viven en la tierra siguiendo la concupiscencia de su carne.

Son hijos de ira, llevados por la corriente de este mundo, y viven y se conducen según los espíritus malignos que operan en su corazón. Por lo tanto, el principio por el cual viven es el principio del pecado (Ef. 2:1-3). En esta ocasión no hablaremos de este principio, porque creo que ya muchos entre nosotros lo hemos dejado. Lo que estudiaremos hoy no está relacionado con el principio del pecado. Los dos árboles representan dos principios que rigen la manera en que vivimos. Hay algunas personas que, después de llegar a ser cristianas, se rigen por el principio de escoger entre lo bueno y lo malo, mientras que otras son gobernadas por el principio de la vida.

Al hablar de este asunto, doy por sentado que ya hemos dejado atrás el principio del pecado y que ahora andamos delante de Dios. Si examinamos un poco este asunto, nos daremos cuenta de que hay personas que viven según el principio del bien y del mal, es decir, según lo que es bueno o malo con respecto a la conducta. Recordemos que la vida cristiana no consiste en saber escoger entre el bien y el mal, ni en conducirse según ciertas normas de conducta, sino en ser guiados por la vida divina. El cristianismo se relaciona con la vida de Dios, no con el bien y el mal; y se centra en dicha vida, no en discernir entre lo bueno y lo malo. Tenemos muchos hermanos y hermanas jóvenes entre nosotros. Cuando ustedes aceptaron al Señor Jesús y recibieron una vida nueva, obtuvieron algo maravilloso en su interior. Recibieron otro principio que gobernaría el modo en que ustedes vivirían. Sin embargo, si ustedes ignoran este principio, en lugar de ser regidos por la vida divina, vivirán según el principio del bien y del mal.

LO QUE SIGNIFICA SEGUIR EL PRINCIPIO DEL BIEN Y DEL MAL

¿En qué consiste el principio del bien y del mal? Si nuestra conducta es gobernada por el principio del bien y del mal, entonces, cada vez que vayamos a tomar una decisión, nos preguntaremos si lo que vamos a hacer es bueno o malo. Por ejemplo, podríamos preguntarnos: “¿Está bien o mal que haga esto?”. Cuando nos hacemos esta pregunta, en efecto nos preguntamos si tenemos razón o no al hacerlo. Muchas personas entran en razonamientos tratando de determinar si algo es

bueno o malo. Examinan meticulosamente lo que van a hacer para saber si les está permitido hacerlo. Se preguntan: “¿Es correcto que haga esto?”. Como cristianos que son, ellos examinan cuidadosamente sus acciones tratando de determinar si lo que van a hacer es bueno y justo; por conducirse de esta manera, se consideran a sí mismos como buenos cristianos.

La Palabra de Dios dice: “Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:17). La práctica que mencionamos anteriormente no es otra cosa que discernir entre el bien y el mal; no es nada más que decidir hacer o no hacer ciertas cosas: decidimos hacer lo bueno y rechazamos hacer lo malo. No obstante, esto es ajeno a la vida cristiana. El cristianismo no tiene preceptos externos de lo que es bueno y malo; no tiene normas establecidas. Aunque usted escoja lo bueno y rechace lo malo, esto no tiene nada que ver con el cristianismo. Este tipo de práctica pertenece al Antiguo Testamento, a la ley, a las religiones del mundo, a las normas morales y a la ética humana, pero no al cristianismo.

EL CRISTIANISMO SE BASA EN LA VIDA DIVINA

¿En qué consiste el cristianismo? Primeramente tiene que ver con la vida de Dios, y no con el hecho de preguntarnos si algo es bueno o malo. La vida cristiana consiste en consultar con la vida divina que está en nosotros cada vez que vayamos a hacer algo. ¿Qué nos dice la nueva vida que Dios nos ha dado? Es muy extraño que muchos sólo presten atención a una norma externa, la norma de lo que es bueno y malo. Pero Dios no nos ha dado una norma externa. El cristianismo no cuenta con otros Diez Mandamientos; no nos conduce a un nuevo Sinaí ni nos da una nueva serie de reglas o preceptos de “harás esto” o “no harás aquello”. La vida cristiana no nos exige que determinemos si lo que vamos a hacer es bueno o malo. Antes bien, se trata de que en cualquier cosa que vayamos a emprender, estemos atentos a la vida divina que está en nosotros, la cual reacciona y nos habla interiormente. Si nos sentimos tranquilos en nuestro interior, si sentimos que la vida de Dios está fluyendo internamente, si nos sentimos firmes interiormente y percibimos la unción, entonces

sabemos que tenemos la aprobación de la vida divina. Muchas veces, cierta acción puede parecer buena y loable ante los hombres, pero, contrario a lo que esperamos, la vida en nuestro interior comienza a enfriarse y a retraerse.

Debemos recordar que la Palabra de Dios dice que la vida cristiana se basa en la vida que reside en nuestro interior, y no en una norma externa que define lo que es bueno o malo. Muchas personas mundanas, que aún no han sido salvas, viven según la norma de vida más elevada que pueden alcanzar: el principio de escoger entre lo bueno y lo malo. No obstante, si nosotros como cristianos vivimos según este mismo principio, en nada nos diferenciamos de la gente del mundo. Los cristianos y los incrédulos difieren en el sentido de que los cristianos no se rigen por una norma ética ni por una ley externa. Lo que nos preocupa no es la moralidad ni los conceptos del hombre. No tratamos de determinar si algo es bueno o malo según el criterio y las opiniones humanas; en lugar de ello, nos hacemos esta pregunta: "¿Qué dice al respecto la vida que mora en mi interior?". Si sentimos que la vida divina en nuestro interior se fortalece y se activa, entonces podemos proceder; pero si percibimos que ésta se enfría y se retrae, debemos detenernos. El principio por el cual nos regimos opera dentro de nosotros, y no afuera. Éste es el único y verdadero principio por el que debemos guiarnos; todo otro principio es falso. Quizás otros digan que es correcto hacer ciertas cosas y tal vez yo también tenga el mismo parecer, pero ¿qué nos dice al respecto la vida en nuestro interior? Es posible que la vida divina en nuestro interior no esté de acuerdo. Si aun así llevamos a cabo dicho asunto, no recibiremos recompensa alguna, y si no lo hacemos, no debemos sentirnos avergonzados, pues simplemente hemos dejado de acatar normas externas a nosotros. Sólo podemos determinar que algo es correcto cuando el Espíritu de Dios nos lo confirma en nuestro interior. Si sentimos que la vida divina fluye en nuestro interior, sabemos que lo que vamos a hacer es correcto; pero, si no tenemos este sentir, se trata de algo incorrecto. Lo que determina si algo es bueno o malo, correcto o incorrecto, no es una norma externa a nosotros, sino la vida que está en nuestro interior.

**LA NORMA DE LA VIDA DIVINA ES MAS ELEVADA
QUE LA NORMA DE PROCURAR HACER EL BIEN**

Una vez que tengamos claro este asunto, nos daremos cuenta de que no sólo debemos repudiar todo lo malo, sino también todo aquello que aparentemente sea bueno; los cristianos sólo deben hacer lo que provenga de la vida divina. Así que, podemos ver que existen cosas malas, cosas buenas y también cosas que provienen de la vida divina. No estamos diciendo que los cristianos sólo deban hacer lo bueno y todo lo que provenga de la vida divina, sino que ellos no deben hacer cosas buenas ni malas. Dios dijo: “Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”. Observemos que el bien y el mal se presentan aquí como un solo camino, mientras que la vida se presenta como otro camino. Por consiguiente, los cristianos no sólo deben rechazar el mal, sino que también deben rechazar el bien, ya que existe una norma que está muy por encima de la norma del bien, a saber: la norma de la vida divina.

Aunque ya he contado esta experiencia a muchos hermanos jóvenes, quisiera contarla de nuevo. Cuando empecé a servir al Señor, procuraba diligentemente evitar todo lo malo y hacer todo lo que fuera bueno. A los ojos de los hombres, parecía gozar de un progreso espléndido en lo tocante a evitar el mal y hacer el bien. Sin embargo, surgió un problema. Puesto que yo me había propuesto hacer lo bueno y evitar lo malo, quería tener claro si algo era correcto o incorrecto antes de actuar. En ese entonces servía con otro hermano que era dos años mayor que yo, con quien siempre estaba en desacuerdo. Las diferencias que había entre nosotros no tenían que ver con asuntos personales, sino con asuntos relacionados con la obra, y nuestras discusiones eran públicas. Con frecuencia me decía a mí mismo: “Lo que propone hacer ese hermano está mal; si él insiste en hacerlo así, protestaré”. Sin embargo, no importa cuánto protestara yo, él nunca accedía. Su único argumento consistía en que él era dos años mayor que yo. Este era un hecho que no podía refutar; si bien no podía refutar este argumento, interiormente seguía en desacuerdo. Le presenté mi caso a una hermana anciana que tenía mucha experiencia en asuntos espirituales, y le pedí que

juzgara la situación. Le pregunté: “¿Quién tiene la razón, él o yo?”. En lugar de contestar si era él o era yo quien tenía la razón, me respondió mirándome fijamente a los ojos: “Debes hacer lo que él te diga”. Yo quedé bastante insatisfecho con su respuesta y pensé: “Si yo tengo razón, ¿por qué no puede reconocer ella que es así? Y si estoy equivocado, ¿por qué no me lo dice? ¿Por qué me dice que haga lo que él dice?”. Así que le pedí que me diera una explicación. Ella respondió: “Porque en el Señor, el menor debe someterse al mayor”. Le dije: “Pero en el Señor, si el menor tiene la razón y el mayor está equivocado, ¿debe el menor aún someterse al mayor?”. En aquel entonces yo era estudiante de secundaria y, como no había aprendido nada en cuanto a la disciplina, di rienda suelta a mi enojo. Ella simplemente sonrió y me dijo nuevamente: “Es mejor que hagas lo que él dice”.

En otra ocasión, algunas personas querían ser bautizadas, y tres hermanos estuvimos encargados de este servicio. Yo era el menor de los tres, luego seguía el hermano que era dos años mayor que yo, y por último, el hermano Wu, que era siete años mayor que el segundo. Entonces pensé: “Tú eres dos años mayor que yo, y por eso siempre me ha tocado someterme a ti. Ahora quiero ver si te someterás al hermano Wu, quien es mayor que tú”. Consideramos lo que íbamos a hacer, pero él rehusó aceptar cualquier sugerencia que hiciera el hermano Wu. En cada actividad que planeábamos, él insistía en que se hicieran las cosas como él quería. Finalmente, nos dijo: “Ustedes dos déjenme las cosas a mí; yo haré todo solo”. Así que pensé: “¿Qué clase de lógica es ésta? El insiste en que siempre le obedezca por ser mayor que yo, pero no está dispuesto a obedecer al que es mayor que él”. Inmediatamente acudí a aquella hermana y le expliqué lo sucedido. Como no prestó atención a quién tenía razón y quién no, me molesté, y entonces ella, poniéndose en pie, me preguntó: “¿Acaso no te has dado cuenta en qué consiste la vida de Cristo? Estos últimos meses me has dicho que tú tienes la razón y que tu hermano está equivocado. ¿Acaso no conoces el significado de la cruz? A ti sólo te interesa saber quién está en lo correcto, pero yo debo insistir en la vida de la cruz”. Yo había estado insistiendo solamente en lo que era correcto o errado,

pero no había visto lo que era la vida divina ni la cruz. Así que ella me preguntó: “¿Crees tú que estás obrando correctamente al hacer esto? ¿Piensas que has tenido la razón al hablar como lo has estado haciendo? ¿Te parece bien venir a contarme todo esto? Conforme a la razón, estás en lo correcto, pero quisiera saber cómo te sientes interiormente. ¿Cuál es tu sentir interior?”. Tuve que admitir que aunque yo tenía la razón desde el punto de vista humano, estaba equivocado desde la perspectiva de la vida interior.

La norma de la vida cristiana emite su veredicto no sólo sobre lo malo, sino también sobre lo que es bueno y correcto. Muchas cosas son buenas según el criterio humano, pero la norma divina las declara incorrectas porque carecen de la vida divina. En aquella ocasión, recibí esta luz por primera vez. Desde entonces comencé a preguntarme si la vida que llevaba delante de Dios estaba regida por el principio de la vida o por el principio de elegir entre lo bueno y lo malo. Comencé a preguntarme: “¿Estoy haciendo esto simplemente porque es correcto?”. La clave de todo lo que hemos venido diciendo es la siguiente: aunque los demás digan que algo está bien y aunque nosotros mismos pensemos que es correcto, debemos preguntarnos, ¿se hace más fuerte el sentir de la vida del Señor en nosotros o se desvanece? Al comenzar a llevar a cabo dicha acción, ¿sentimos la unción o nos sentimos oprimidos? Mientras realizamos tal acción, ¿tenemos un sentir cada vez más definido de que estamos avanzando en la debida dirección o hay algo que nos dice que nos estamos desviando? Recuerden que la vida divina no actúa basándose en normas externas de lo que es bueno o malo. Debemos tomar nuestras decisiones basándonos en el sentir de vida o muerte que tengamos. Debemos prestar atención a si la vida divina dentro de nosotros aumenta o disminuye. Ningún cristiano debe hacer algo simplemente porque sea bueno y correcto. Debemos consultar con el Señor, quien mora en nosotros. ¿Cuál es el sentir que El nos da? ¿Nos sentimos gozosos interiormente al hacer aquello? ¿Tenemos el gozo y la paz que provienen del Espíritu? Esto es lo que ha de determinar el rumbo que hemos de seguir en nuestra senda espiritual.

Mientras estuve de visita en Honor Oak, un hermano que

se hospedaba allí conmigo criticaba constantemente todo lo que se hacía en ese lugar. El había sido pastor y era un buen predicador, y sabía que Honor Oak tenía mucho que ofrecer espiritualmente; sin embargo, estaba en desacuerdo con muchas cosas. Cada vez que nos encontrábamos, me decía que el lugar de donde él venía era mucho mejor que Honor Oak. Durante los dos o tres meses que estuvimos allí, sus críticas sobrepasaron las de todos los demás. Un día se excedió y entonces le pregunté: “Si le parece que Honor Oak no es un buen lugar, ¿no sería mejor que se fuera? ¿Por qué sigue aquí?”. El, entonces, señalando su corazón, dijo: “La razón yace aquí; mi corazón no quiere irse. Cada vez que me dispongo a marcharme, pierdo la paz en mi corazón. En cierta ocasión me ausenté por dos semanas, pero tuve que pedir que me permitieran regresar”. Le dije: “Hermano, ¿ha visto que hay dos líneas de conducta, una determinada por la vida y la otra por lo que considera bueno o malo?”. El respondió: “He tratado de abandonar este lugar ya tres veces, pero cada vez que intento irme, algo me lo impide interiormente. Siento en mi interior que las cosas no se hacen bien aquí, pero también siento que no es correcto que me vaya”. Dios le había mostrado que si él había de recibir ayuda espiritual, tenía que quedarse en ese lugar para tener un encuentro con Dios. Este caso nos permite ver que no se trata de lo que nosotros podamos concebir como bueno o malo. Al contrario, Dios usa Su vida para dirigir a Sus hijos.

LOS FACTORES EXTERNOS NO DEBEN REGIR NUESTRAS DECISIONES

El más grave error que cometen los hijos de Dios es el de determinar si algo es bueno o malo basándose en lo que ven. Muchas personas juzgan algo como bueno o malo según la manera en que fueron criados o basándose en la experiencia que han acumulado con los años y, por eso, no saben lo que es verdaderamente bueno o malo. Recordemos que la vida cristiana se basa en la vida divina que reside en nuestro interior. Muchas personas, al relacionarse con Dios, solamente se guían por factores externos y, basándose en ellos, determinan si algo está bien o mal. Sin embargo, ser guiados por la vida es

algo totalmente distinto. Sólo aquellos que viven por la vida divina saben lo que ésta es.

Espero que todos podamos ver este asunto delante de Dios: ningún cristiano debe intentar determinar si algo es bueno o malo independientemente de la vida divina. Todo aquello que incremente la vida interior es correcto, y todo lo que la haga disminuir es incorrecto. No debemos determinar si algo es bueno o malo basándonos en normas externas.

Recuerdo haber ido a cierto lugar donde había un grupo de hermanos que laboraba muy eficazmente. Dios verdaderamente los estaba usando. Si ustedes me preguntaran si la obra que ellos realizaban era perfecta o no, yo respondería que había muchas cosas que se podían mejorar. Un día, ellos me pidieron con mucha humildad que les hiciera notar cualquier cosa que yo considerara incorrecta, y entonces les hice algunas observaciones. En varias ocasiones me pidieron que les ayudara de esta manera, pero no cambiaron nada. ¿Me molestó esto? En absoluto. Sólo una persona insensata se molestaría, pero no alguien que conoce a Dios. Yo sólo podía hacerles notar algunas cosas externas que necesitaban mejorar, pero no podía ver lo que Dios estaba haciendo en su interior. Yo no me atrevería a aconsejarle a Dios qué hacer en las vidas de ellos.

En otro lugar que visité, los hermanos no predicaban el evangelio. Ellos comentaron este asunto conmigo y me preguntaron si yo pensaba que debían hacerlo. Les respondí: "En términos doctrinales, ciertamente deberíamos predicar el evangelio". Ellos me informaron que estaban de acuerdo, pero que lo sorprendente era que Dios no les había suministrado la vida para hacerlo. Aquellos que conocen a Dios saben que lo único que pueden hacer es ponerse a un lado y guardar silencio, ya que la senda que deben seguir es Su misma vida, y no la senda de escoger entre lo bueno y lo malo. La diferencia entre estos dos principios es enorme. Hermanos y hermanas, el contraste que vemos aquí es muy marcado. A muchas personas sólo les interesa saber si lo que van a hacer es bueno o malo. Pero nosotros no debemos actuar basándonos en si algo está bien o mal. Lo único que debemos preguntarnos es si la vida divina que está en nosotros crece o mengua. Esto es

lo que debe llevarnos a determinar el camino que debemos seguir. Todas nuestras decisiones debemos tomarlas según lo que nos muestre nuestro corazón.

“A EL OÍD”

En el monte de la transfiguración estaban presentes Moisés, quien representaba la norma moral externa, y Elías, quien representaba la norma humana externa (Mt. 17:3). Todos sabemos que Moisés representa la ley y que Elías representa a los profetas. Así que la norma de la ley estaba allí, y también la norma de los profetas. En el Antiguo Testamento, la ley y los profetas fueron el medio que Dios usó para hablar, pero aquí fueron silenciados por Dios. Dios le dijo a Pedro: “Este es Mi Hijo, el Amado ... a El oíd” (v. 5). La norma que hoy rige la vida cristiana ya no es la ley ni los profetas, sino Cristo mismo, el Cristo que mora en nuestro interior. Por tanto, lo que importa no es si tenemos la razón o no, sino que la vida divina nos dé o no su aprobación. A menudo, para nuestra sorpresa, percibimos que la vida interior desaprueba lo que nosotros aprobábamos. Cuando esto ocurre, no podemos seguir insistiendo en lo que a nosotros nos parece bien.

LA VIDA DIVINA DEBE SER SATISFECHA

Recuerdo el caso de dos hermanos, ambos cristianos, que tenían un arrozal. Los arrozales requieren mucha agua. El terreno de ellos estaba en una colina, y había otros cultivos en un nivel más bajo. En el calor del día ellos acarreaban agua para regar sus cultivos, y en la noche se iban a descansar. Una noche mientras dormían, el vecino que tenía su campo contiguo al de ellos en la parte baja, cavó una hoyo en el canal de irrigación de estos hermanos para que el agua drenara a su campo. A la mañana siguiente, los hermanos vieron lo sucedido, pero no dijeron nada. Nuevamente llenaron de agua sus canales de riego, y a la mañana siguiente vieron que se había drenado otra vez el agua de su campo. Aun así, no hubo ninguna protesta. Como eran cristianos, ellos pensaban que debían sufrir el agravio en silencio. El ardid de los vecinos se repitió siete noches consecutivas. Algunos les

sugirieron que vigilaran su campo por la noche para prender al ladrón y golpearlo. Ellos no respondieron una palabra al respecto y simplemente siguieron soportando el agravio debido a que eran cristianos.

Uno pensaría que un cristiano que permita ser ultrajado así sin pronunciar queja alguna, debería estar rebosando de gozo, sintiéndose muy alegre y victorioso, incluso después de haber acarreado el agua cada día para que más tarde se la robaran. Lo extraño es que a pesar de haber acarreado el agua durante el día y de haber guardado silencio mientras otros la robaban, estos dos hermanos no tenían paz en su corazón. Así que fueron a presentar el caso a un hermano que tenía experiencia en la obra del Señor, y le dijeron: “No entendemos por qué no tenemos paz, aun después de haber estado sufriendo este agravio durante siete u ocho días. Se supone que los cristianos deben soportar el maltrato y permitir que otros les roben. Sin embargo, aún no tenemos paz en nuestro corazón”. Este hermano, que tenía mucha experiencia, les respondió: “La razón es que no han hecho todo lo que deben hacer, ni han soportado todo lo que deben soportar. Deben regar primero los campos de la persona que les ha hurtado el agua y después regar el de ustedes. Vayan a casa y hagan esto, luego miren si su corazón halla reposo”. Ellos estuvieron de acuerdo y se marcharon. Al día siguiente madrugaron más que de costumbre y, antes de regar sus propios cultivos, abastecieron de agua el campo del vecino que les quitaba el agua. Lo extraño fue que mientras acarreaban el agua para su vecino, comenzaron a experimentar cada vez más gozo. Cuando comenzaron a traer el agua para su propio campo, sus corazones estaban en perfecta paz. Ni siquiera la posibilidad de que sus vecinos les siguieran robando el agua les quitaba la paz. Después de ver esto por dos o tres días, el vecino que les había hurtado el agua vino a ofrecer disculpas, y después añadió: “Si en esto consiste el cristianismo, quiero saber más al respecto”.

Si solamente nos guiáramos por lo bueno y lo malo, lo correcto en este caso sería perseverar. ¿Qué más se le podía pedir a alguien en semejantes circunstancias? Estos hermanos habían pasado todo el día acarreando agua, y no en un

clima agradable sino bajo un intenso calor. No eran personas educadas, sino simples campesinos. Habían hecho lo correcto al sufrir el agravio. ¿Qué más podía uno pedirles que hicieran? Sin embargo, no tenían paz en su interior. Este ejemplo nos muestra qué es el camino de la vida. Este es el camino que debemos tomar. El camino de discernir entre lo bueno y lo malo es un camino diferente. El hombre considera que basta con hacer lo bueno, pero Dios nos dice que solamente la vida divina alcanza Su norma. Por lo tanto, no debemos detenernos hasta que sintamos paz y gozo en nuestro interior. En esto radica la diferencia entre ser guiados por la vida y ser guiados por lo que nos parece bueno o malo. Pareciera que basta con hacer el bien y rechazar el mal, pero Dios no está satisfecho si simplemente hacemos el bien. El exige que satisfagamos la norma de la vida divina.

¿Qué nos enseña el sermón del monte en Mateo 5—7? Nos enseña que no es suficiente hacer el bien. Debemos proceder de tal manera que satisfagamos las exigencias de la vida que Dios nos ha dado. Este es el contenido de Mateo 5—7, el sermón del monte. Este sermón no nos dice que todo estará bien siempre y cuando hagamos lo que es correcto. Las personas se preguntan por qué tienen que poner la otra mejilla cuando alguien los golpea. Se preguntan: “¿Acaso no es suficiente quedarse callado cuando alguien lo golpea a uno? ¿No es maravilloso que no reprimamos a quien nos abofetea y que contengamos nuestro enojo? No obstante, Dios dice que no es suficiente agachar la cabeza y retirarnos cuando alguien nos golpea, pues esto no satisface los requisitos de la vida que mora en nuestro interior. Es preciso que también pongamos la otra mejilla al que nos abofetea. Al hacer esto, demostramos que no guardamos ningún resentimiento en nuestro corazón. Es debido a que no estamos enojados que podemos sufrir el mismo agravio por segunda vez. La vida divina es humilde y perfectamente capaz de poner la otra mejilla. Este es el camino que corresponde a la vida.

Muchos dicen que lo que Mateo 5—7 presenta es muy difícil de practicar. Reconozco que es cierto. De hecho, es imposible cumplir lo que dice Mateo 5—7. Si tratamos de hacerlo, moriremos en el intento, pues somos absolutamente incapaces de

cumplir esta palabra. Sin embargo, tenemos otra vida en nosotros que nos dice que no estaremos satisfechos hasta que hagamos todo lo que dice dicho pasaje. No importa cuánto nos haya ofendido cierto hermano o hermana, a menos que nos arrodillemos y oremos por dicha persona, no tendremos gozo interiormente. Es muy loable sufrir el agravio en silencio, pero si no practicamos lo que enseña el sermón del monte, no tendremos gozo en nuestro interior. El sermón del monte enseña que tenemos que satisfacer las exigencias de la vida de Dios que está en nuestro interior. Cuando cumplimos dichas exigencias, la vida divina queda satisfecha, liberada, en paz y llena de gozo. En esto se resume todo el asunto: ¿andamos por el camino que corresponde a la vida o por el camino que corresponde a lo correcto y lo incorrecto? Si leemos la Palabra de Dios, veremos claramente que es erróneo tomar decisiones según el principio del bien y del mal, o vivir y comportarnos según nuestra propia vida.

DEBE HABER PLENITUD DE VIDA EN NUESTRO INTERIOR

A veces algún hermano actúa de manera insensata. Lo correcto, en dado caso, sería exhortarlo o reprenderle severamente. Tal vez nos digamos a nosotros mismos que él necesita una buena reprimenda, y luego nos preparemos para confrontarlo. Después vamos a su casa y llamamos a la puerta, pero justo en ese momento surge en nosotros la pregunta de si lo que vamos a hacer está bien o mal. Es obvio que él actuó neciamente, ¿qué más podríamos hacer, si no exhortarlo? Sin embargo, mientras nos disponemos a tocar a la puerta, algo interiormente nos detiene. Aunque estamos seguros de tener la razón en lo que habíamos pensado hacer, nos damos cuenta de que no se trata de lo que es bueno o malo, sino de lo que la vida de Dios nos permite hacer. Es posible que al exhortar a un hermano, él reciba nuestra exhortación cortésmente y prometa hacer lo que Dios dice. Sin embargo, cuanto más hablamos con él y le predicamos, más secos nos sentimos interiormente. Finalmente, al volver a casa, ¡tenemos que admitir que nos equivocamos al exhortar a ese hermano! Por

consiguiente, no se trata del bien o del mal, sino de ser llenos interiormente de la vida divina.

Quisiera darles otro ejemplo. Hace unos días, me encontré con un hermano que estaba pasando por dificultades económicas y necesitaba ayuda. Pensé que debía ayudarlo, ya que él no tenía posibilidad de recibir ayuda de ninguna parte. En ese momento el dinero no me sobraba, así que me era un gran sacrificio ayudarlo. De hecho, esto estaba muy por encima de mis limitaciones. Lo más apropiado en este caso era ayudarle, así que debería sentirme gozoso de poder darle algún dinero. Sin embargo, por alguna razón que no lograba explicar, me sentí seco interiormente cuando le di el dinero. Una voz interna me dijo: “Lo que acabas de hacer fue simplemente una obra de caridad. No has actuado conforme a la vida divina, sino según tu caballeridad humana y bondad natural. No obraste basándote en la vida divina, sino en tu yo”. Dios no me había dicho que hiciera aquello. Este asunto me turbó por dos o tres semanas. Así, pues, aunque le di el dinero al hermano, al regresar a casa tuve que humillarme delante del Señor, confesarle mi pecado y pedirle perdón.

NUESTRO VIVIR Y NUESTRAS ACCIONES DEBEN SER DETERMINADAS POR LA VIDA DIVINA

Hermanos y hermanas, mientras vivimos delante de Dios, nuestras acciones no deben ser determinadas por el bien o el mal, sino por la vida que reside en nuestro interior. Vale la pena hacer todo lo que esta vida nos pide que hagamos. Cualquier acción que realicemos independientemente de la vida divina, por buena que sea, nos traerá condenación. El cristiano no sólo debe arrepentirse delante de Dios por los pecados que ha cometido; en muchas ocasiones deberá también arrepentirse delante de Dios por sus buenas obras. El principio que debe regir nuestro vivir no es el de discernir entre el bien y el mal. Tenemos que acudir a Dios para poder discernir lo que proviene de la vida y lo que proviene de la muerte. Si sentimos que la vida divina se activa dentro de nosotros y fluye, entonces sabemos que estamos haciendo lo debido. Pero si ésta no se activa ni sentimos la unción en nuestro interior, no nos debe importar lo correcto ni lo

incorrecto; más bien, debemos confesar nuestro pecado delante de Dios y pedirle que nos perdone.

Pablo dijo que ni él mismo se examinaba a sí mismo, sino que Dios era su juez (1 Co. 4:3-4). Muchas personas no entienden este pasaje de 1 Corintios. En realidad, la idea presentada aquí es muy sencilla, pero si no conocemos la vida divina, es muy difícil entender estos versículos. Si nos regimos por la norma externa del bien y del mal, es muy fácil juzgar si lo que vamos a hacer está bien o mal. Puesto que Pablo no actuaba según dicha norma externa, lo único que podía decir era: "Ni aun yo me examino a mí mismo. Porque no estoy consciente de nada en contra mía, pero no por eso soy justificado; pero el que me examina es el Señor". El que nos examina ante el tribunal es el Señor, pero, además de esto, tenemos la vida divina que nos guía interiormente. Por esta razón, Pablo dijo en 2 Corintios 5:7: "Porque por fe andamos, no por vista". Nosotros no tomamos decisiones basándonos en una norma externa y visible, sino según la dirección que el Señor nos da en nuestro interior.

Tenemos que aprender delante de Dios a no regirnos por la norma de lo bueno y lo malo. No se trata de que esta norma sea mala; de hecho es buena, pero no es lo suficientemente buena para un cristiano. La norma que rige a los cristianos está muy por encima de la norma del bien y el mal. Por supuesto, es incorrecto hacer lo malo, pero no siempre es correcto hacer lo bueno. Si actuamos según la vida de Dios, El nos mostrará que Sus exigencias sobrepasan las de las leyes humanas. Visto desde esta perspectiva, es más fácil vivir la vida cristiana. Cada vez que busquemos a Dios y le pidamos que nos hable, la luz espontáneamente resplandecerá en nuestro interior. Tengamos presente que nuestra regeneración es un hecho. También es un hecho que Dios vive en nosotros por medio de nuestro Señor Jesús. El Señor está expresándose continuamente desde nuestro interior. Por consiguiente, esperamos que cada uno de nosotros pueda decirle a Dios: "Concédeme Tu gracia para vivir según el árbol de vida, y no según el árbol del conocimiento del bien y del mal. Quiero estar siempre atento a la vida divina. En cada situación deseo preguntarme: ¿Cuál es el sentir que me comunica

Tu vida?”. Si éste es el principio que rige nuestro vivir, notaremos un gran cambio en nuestra vida cristiana.

Muchos problemas surgen debido a que solamente nos guiamos por la norma del bien y del mal. Muchos errores se cometen debido a que no somos gobernados por la vida. Si procedemos según la norma de la vida divina, se resolverán muchos problemas.

ORACION

Señor, estamos delante de Ti, suplicándote que nos hables una vez más. Estamos vacíos interiormente y no podemos hacer nada. Sólo podemos pedirte que Tu gracia abra nuestros ojos. Señor, cada vez que vayamos a decir algo o estemos por tomar alguna decisión, haz que acudamos a Ti y consultemos contigo si lo que vamos a hacer se basa en el bien y el mal o en el sentir que nos da Tu vida. Señor, permítenos ver la diferencia entre lo espiritual y lo carnal. Muéstranos la diferencia entre la luz que brilla interiormente y los mandamientos externos. Señor, sálvanos de seguir el camino de la muerte. Reconocemos que no debemos vivir regidos por lo que consideramos bueno o malo. Haznos ver que discernir entre el bien y el mal no es otra cosa que pecado y muerte, pues sólo los que viven en muerte actúan de esta manera. Los que vivimos según la vida divina debemos ser guiados por esta vida. Permite que sea la vida la que tome la iniciativa. Señor, te pedimos que nos muestres esto claramente. Una vez más te suplicamos que Tu Palabra no sea hablada en vano. Muéstranos la diferencia entre la vida y la ley. Bendice estas palabras. Ten misericordia de nosotros y concédenos Tu gracia. Guíanos en este camino que nos has mostrado. En el nombre del Señor Jesús. Amén.

CAPITULO DOS

LA MANERA EN QUE SE EDIFICA LA IGLESIA

Lectura bíblica: Ef. 3:14-19

En el plan eterno de Dios con respecto a la iglesia hay tres aspectos sobresalientes. Primero, la iglesia debe tener la filiación a fin de expresar a Dios; segundo, es por medio de la iglesia que Satanás será derrotado y avergonzado; y finalmente, es por medio de la iglesia que Cristo reunirá todas las cosas bajo El mismo como Cabeza. ¡El plan de Dios consiste en que la iglesia obtenga Su vida en plenitud! La filiación no consiste solamente en nacer, sino en crecer en la vida divina hasta llegar a la madurez. Para ello, es preciso que Dios se forje en nosotros y nos haga no sólo Sus hijos, sino Sus herederos, aquellos que heredan todo lo que El es y todo lo que El tiene, a fin de que lo expresemos. Entonces, por medio de esta vida, todas las cosas serán reunidas en Cristo como Cabeza.

Primero vemos el aspecto de la vida, y luego, la edificación. El propósito de la edificación es ponernos a todos en el debido orden orgánico, de modo que estemos bajo Cristo como Cabeza. Es a medida que somos edificados en vida que Dios puede avergonzar a Su enemigo. Sólo entonces puede Dios dar a conocer Su multiforme sabiduría a los principados y potestades en los lugares celestiales.

Fue con este propósito que Dios creó el universo, el cual incluye los cielos y la tierra. El objeto central en Su creación es el hombre, a quien El creó como un vaso para que lo contuviera. La intención de Dios era depositarse en este hombre como su vida y su todo, a fin de tener muchos hijos. Todos sabemos que el hijo es quien hereda todo lo que el padre tiene. Todo lo que el Padre es y tiene será impartido en Sus hijos. Primero, Dios nos creó, y luego, nos engendró por medio de la

regeneración. Al crearnos, Dios nos dio la existencia, y al engendrarnos, El mismo se impartió en nosotros como nuestra vida.

Con este propósito, Dios nos creó de modo que tuviéramos un espíritu humano. El espíritu humano funciona como el filamento de una bombilla. Sin el filamento, la bombilla no puede recibir la electricidad. La bombilla debe tener el filamento adentro a fin de recibir la electricidad, y es este mismo filamento el que hace posible que la bombilla pueda “expresar” la electricidad. Además, la bombilla tiene una forma externa, así como nuestro cuerpo también es nuestra forma externa. Dentro de nuestro cuerpo está el espíritu, así como dentro de la bombilla se encuentra el filamento, el cual tiene la capacidad de recibir, contener y expresar la electricidad.

Nosotros somos recipientes que Dios hizo; por tanto, Dios a propósito creó un espíritu en nosotros para que pudiéramos recibirlo a El, contenerlo y expresarlo. Dios en Cristo como Espíritu Santo se extiende desde nuestro espíritu hacia todas las partes de nuestro ser. Dios no lleva a cabo Su obra de afuera hacia adentro, sino que a partir del espíritu del hombre, El mismo se extiende hacia afuera, a fin de empapar y saturar todas las partes internas del hombre. El saturará la conciencia, la mente, la parte emotiva, la voluntad y, finalmente, todo nuestro ser. Cuando Dios entró en nuestro espíritu, experimentamos un nacimiento en la vida divina; y a medida que El se extienda de nuestro espíritu a todo nuestro ser, lograremos crecer en la vida divina hasta la plena madurez. Incluso nuestro cuerpo será transfigurado cuando alcancemos la plena filiación. Es por medio de esto que todos seremos puestos en orden como un hombre corporativo que está sometido a Cristo mismo, quien es la Cabeza. En este hombre corporativo, Dios en Cristo es la Cabeza, y nosotros los hijos somos el Cuerpo que ha sido puesto en orden bajo Su autoridad. Entonces, por medio de este Cuerpo, Cristo reunirá todas las cosas bajo El mismo como Cabeza.

No obstante, debemos ver la astucia del enemigo al distraer al hombre y alejarlo del propósito eterno de Dios. Sobre la tierra hoy existen tres clases de pueblos: los gentiles, que son los incrédulos; los judíos, que son el pueblo escogido de Dios; y los cristianos, que son los miembros de la iglesia. El enemigo,

Satanás, ha logrado distraer a estos tres pueblos y alejarlos de la economía de Dios.

Para que el hombre pudiera existir, Dios preparó muchas cosas materiales, incluyendo la comida, el agua, el vestido, la vivienda y muchas otras cosas. Pero hoy, todos los incrédulos se encuentran distraídos con estas cosas materiales. Ellos están totalmente ocupados prestándole atención a la comida, al albergue y a la ropa, así como a las demás cosas materiales que corresponden a su estilo de vida. Todos los gentiles se encuentran distraídos de la meta de Dios a causa de las cosas materiales; ellos sienten una inmensa atracción por estas cosas. Todos ellos, sean grandes o pequeños, sean pobres o ricos, se han distraído completamente con las cosas materiales que Dios preparó para que subsistieran con miras a que pudieran cumplir Su propósito. Todas estas cosas materiales simplemente debían ser usadas por el hombre para cumplir el propósito de Dios, pero Satanás las utilizó para distraer a los incrédulos de dicho propósito.

En el Antiguo Testamento, Dios le dio al pueblo judío cierto conocimiento espiritual, revelándoles Su ley y voluntad, con el deseo de que las Escrituras pudieran ayudarles a conocer el plan que Dios hizo en Cristo. Sin embargo, Satanás incluso utilizó el Antiguo Testamento para distraer al pueblo judío y alejarlos de Cristo. Si leemos cuidadosamente los cuatro evangelios, encontramos un ejemplo muy claro de cómo los escribas y fariseos fueron distraídos de Cristo con las mismas Escrituras. En Juan 5:39-40, el Señor les dijo: "Escudriñáis las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Mí. Pero no queréis venir a Mí para que tengáis vida". El enemigo, en su astucia, los distrajo con las Escrituras e hizo que se apartaran de Cristo. Así que, no solamente los gentiles fueron distraídos del propósito eterno de Dios, sino también los judíos, el pueblo escogido de Dios.

Cuando leemos el Nuevo Testamento, observamos algo más. Satanás también usó las doctrinas del Nuevo Testamento y todos los dones que Dios dio, para hacer que las personas quitaran su mirada de Cristo y se centraran en los así llamados dones y enseñanzas. Si observamos la situación, nos

daremos cuenta de que todo lo que Dios preparó y dio para el cumplimiento de Su economía, fue utilizado por el enemigo para distraer completamente a las personas de la economía de Dios.

Las así llamadas iglesias cristianas de hoy tienen el Antiguo y Nuevo Testamentos, y dicen poseer muchos dones, pero si tuviéramos la visión celestial del propósito eterno de Dios con respecto a la iglesia, lloraríamos por la situación actual. No sólo los gentiles y los judíos, sino también el pueblo cristiano, todos se han apartado de Cristo y de Su Cuerpo para ir en pos de algo diferente. Aun el cristianismo fundamentalista, que se apega más a las Escrituras, lo único que nos dice es que Dios nos amó y envió a Su Hijo para que muriera en la cruz y nos salvara del infierno; si creemos en El, seremos salvos, nuestros pecados serán perdonados y un día iremos al cielo. En cierto sentido, esto es correcto, pero, ¿alguna vez escuchó un mensaje que le dijera que Dios desea forjarse en usted mediante Cristo como el Espíritu, a fin de que Cristo sea expresado por medio de Su Cuerpo y así El pueda reunir todo el universo bajo Cristo como Cabeza? Este concepto ni siquiera se escucha en el cristianismo fundamentalista, que se apega más a las Escrituras. Lo único que la mayoría de los cristianos saben es que Dios nos ama; y que si creemos en El, algún día, después que muramos, moraremos con El en los cielos. ¡Esto verdaderamente es deplorable! Algunos cristianos que no están satisfechos con esto, procuran las manifestaciones de los dones para demostrar que Dios es poderoso. Aun así, ellos desatenden al pensamiento central de Dios. No pienso ellos jamás hayan recibido la visión de la economía de Dios.

Estoy consciente de que necesitamos comida, agua, vivienda, trabajo y un medio de transporte, pero nuestra vida no debe centrarse en torno a estas cosas. Al contrario, ¡estas cosas existen por causa de nosotros! Si buscamos el reino de Dios y Su justicia, Dios nos proveerá todo lo necesario (Mt. 6:31-33). Todas estas cosas deben servirnos a nosotros, y nosotros debemos servir al propósito de Dios. Después de muchos años de experiencia, podemos testificar que si nos ocupamos del propósito de Dios, Dios suplirá nuestras necesidades. El es muy fiel con respecto a este asunto. Si nos ocupamos de Sus

intereses, El se ocupará de nosotros. Asimismo, las Escrituras y los dones nos han sido dados para el cumplimiento de la economía de Dios. Todas las enseñanzas y los ministerios deben servir al propósito de Dios.

En Efesios, la epístola que más nos habla de la iglesia, no se mencionan las cosas materiales, ni el conocimiento ni los dones. En el cuarto capítulo, los dones mencionados son las personas dotadas, tal como los apóstoles, profetas, evangelistas, y los pastores y maestros. Aquí no se mencionan las lenguas, las sanidades ni ninguno de los así llamados dones espirituales. Este libro no habla de cosas materiales, ni del conocimiento ni de los dones, sino de las riquezas inescrutables de Cristo, quien es el Espíritu. Este no es un Cristo externo a nosotros, sino un Cristo que experimentamos subjetivamente, ya que El hace Su hogar en nosotros.

Efesios 3:17 dice: “Para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe”. El debe ser nuestra vida, y nosotros debemos ser Su hogar. No es nuestro cuerpo el que ha de ser Su hogar, sino nuestro corazón. El corazón se compone de todas las partes del alma y de una parte del espíritu, a saber, la conciencia. Por tanto, el corazón incluye la mente, la parte emotiva y la voluntad, más la conciencia. Cristo ahora está en nuestro espíritu, pero lo que El busca es hacer Su hogar en nuestro corazón. Entonces, corporativamente seremos llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios. Lo más importante no son las cosas materiales, ni el conocimiento, ni los dones ni las manifestaciones externas, sino ¡la plenitud de Dios!

En el capítulo uno de Efesios se menciona el sellar del Espíritu Santo (v. 13). El Espíritu Santo fue puesto en nosotros como un sello. Esto no es algo externo, sino interno. Luego, en el capítulo dos, vemos que el nuevo hombre fue creado por Cristo y en Cristo (v. 15). Cristo creó en Sí mismo, de los judíos y gentiles, un solo y nuevo hombre. La iglesia es una entidad que procede totalmente de Cristo, así como Eva provino de Adán. Ella era parte de Adán y fue tomada de Adán. El nuevo hombre, que es la iglesia, es parte de Cristo y es tomado de El. El capítulo tres nos habla de las riquezas de Cristo, quien hará Su hogar en nuestro corazón. Luego, el

capítulo cuatro nos muestra cómo crecer al experimentar las riquezas inescrutables de Cristo, mencionadas en el capítulo tres. Por medio de estas experiencias llegaremos hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. De esta forma no seremos zarandeados por todo viento de doctrina o enseñanza. Observen que Pablo no dijo “por todo viento de herejía”, sino “por todo viento de enseñanza”. Nosotros no seremos zarandeados por vientos de diferentes enseñanzas, sino que creceremos en todo en Cristo. Entonces recibiremos algo de Cristo como la Cabeza para compartir con otros, y la iglesia será edificada.

Después que fui salvo, al igual que muchos otros cristianos, tenía gran apetito por conocimiento bíblico. En aquel tiempo conocí un grupo de creyentes que hacía énfasis en el conocimiento de la Biblia, y pasé mucho tiempo con ellos procurando el conocimiento de las Escrituras. Seis o siete años después, hubo un movimiento en el norte de China llamado “El movimiento de la gracia espiritual”. Este movimiento fue tan prevaleciente que en pocos años conmocionó todo el norte de China. Miles de personas fueron salvas, y hubo muchas manifestaciones de lenguas, milagros y señales. Yo estuve con ellos y estudié la situación, pero al final, el Señor me hizo ver claramente que ellos jamás edificarían el Cuerpo de Cristo de esa manera. El Cuerpo de Cristo no puede ser edificado con el conocimiento; tampoco puede ser edificado con los dones, ni con las así llamadas manifestaciones sobrenaturales. En aquel tiempo yo no entendía claramente el libro de Efesios, pero a través de la experiencia el Señor me dejó ver claramente que la iglesia solamente puede ser edificada con Cristo como nuestra vida. Lo único que puede edificar la iglesia es que experimentemos a Cristo, y no el conocimiento ni los dones. El conocimiento y los dones en cierto modo son útiles, pero la iglesia jamás podrá ser edificada con estas cosas. La iglesia tiene que ser edificada con Cristo mismo.

En este libro que trata sobre la iglesia no se mencionan los dones ni el conocimiento, sino únicamente las inescrutables riquezas de Cristo, quien desea hacer Su hogar en nuestro corazón. En el Nuevo Testamento encontramos cierta base con respecto a los dones y el conocimiento, y con respecto a los

milagros y señales, pero el Cuerpo de Cristo es edificado principalmente con Cristo mismo como nuestra vida. En cierto sentido, reconozco que requerimos del conocimiento y de los dones; sin embargo, muchos cristianos nunca admitirían que necesitan experimentar a Cristo subjetivamente. Este es el problema. Yo entiendo que ellos necesitan un poco de medicina, pero ellos jamás reconocerían su necesidad de alimento sólido. Desde que usted se hizo cristiano, ¿cuántos mensajes ha oído acerca de experimentar a Cristo subjetivamente? No obstante, casi todos los capítulos del libro de Efesios trata de este asunto.

Hoy, muchos cristianos dicen que el libro de Efesios es el libro que más se concentra en el tema de la iglesia; sin embargo, no prestan atención a la clave, que consiste en experimentar a Cristo de forma subjetiva. Sin esto, no podemos tener la realidad de la iglesia.

El libro de Efesios es el corazón de las Escrituras, y a su vez, el corazón de este libro es el capítulo tres, a saber, los versículos del 16 al 19. Examinemos nuevamente estos versículos, comenzando con el versículo 14, para que obtengamos una visión más clara. El apóstol comienza diciendo: “Por esta causa...”. ¿A cuál “causa” se refiere? Por supuesto, a la misma causa que él ya mencionó en los capítulos y versículos previos, esto es: que Dios planeó y predestinó que la iglesia obtuviera la filiación a fin de que Dios sea expresado, que El dé a conocer Su sabiduría al enemigo, y que El reúna todas las cosas bajo una sola Cabeza en Cristo. Así que, después de esto, Pablo dice: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu”. Pablo doblaba sus rodillas por causa del propósito eterno de Dios, para que Dios diera a los santos el ser fortalecidos en el hombre interior. El hombre interior, nuestro espíritu humano que fue regenerado y en el cual mora Cristo, necesita ser fortalecido.

Sabemos que Dios creó al hombre de tres partes: espíritu, alma y cuerpo. Si les pregunto: “Según su entendimiento, ¿cuál parte es la más fuerte?”. Pienso que si son sinceros dirían que el

alma es la parte más fuerte, ya que ella representa lo que somos, nuestro yo. El alma a su vez se compone de tres partes: mente, parte emotiva y voluntad. Ahora les pregunto, de las tres partes del alma, ¿cuál es la más fuerte? Pienso que todos estaríamos de acuerdo en que la mente es la parte más dominante. Nuestra mente es muy fuerte, y nuestro espíritu es extremadamente débil. Esto es fácil de demostrar. Si dedicáramos un tiempo para hablar sobre algún asunto, todo el mundo hablaría, debido a que nuestra mente es muy fuerte y activa. Pero si alguien dijera: “Oremos”, todo el mundo quedaría callado. Inmediatamente el salón quedaría tan silencioso como un cementerio. La razón por la que callamos es que somos débiles en nuestro hombre interior, es decir, somos débiles en nuestro espíritu.

Por esta razón, el apóstol Pablo no oró de forma superficial. Por causa del propósito eterno de Dios y por causa de la iglesia, él dobló sus rodillas ante el Padre para que nos diera el ser fortalecidos en el hombre interior. Nuestro espíritu necesita ser fortalecido. No es necesario que discutamos. Cuanto más hablamos y argüimos, más ejercitamos nuestra mente. Nuestra mente se ha desarrollado demasiado, y nosotros seguimos cultivándola. Cuando las células de nuestro cuerpo se desarrollan más de lo normal, se convierten en un cáncer que nos lleva a la muerte. ¡Sería de mucho provecho si cambiáramos nuestras conversaciones y discusiones en oraciones! Debemos desechar nuestros pensamientos, imaginaciones, juicios y conceptos, y doblar nuestras rodillas ante el Padre y ejercitar nuestro espíritu para orar. ¡Y esto no sólo una vez, sino constantemente!

A fin de ejercitar nuestro espíritu para orar, debemos arrepentirnos. La palabra *arrepentimiento*, en griego, significa “un cambio en la manera de pensar”. Cuando nos arrepentimos volviendo nuestra mente al Señor de todo lo demás, nuestra conciencia será activada para dar testimonio sobre lo que hemos hecho mal, y nos dirá específicamente qué debemos confesar. Al arrepentirnos, nosotros tornamos nuestra mente al Señor y, al confesar nuestras faltas, ejercitamos nuestra conciencia. La mente y la conciencia son las dos partes principales del corazón. Ya que el corazón es lo que envuelve al

espíritu, podemos decir que el corazón es la puerta del espíritu. Es por medio del arrepentimiento y de la confesión que las dos partes principales del corazón —la mente y la conciencia—, se abren. De este modo, la puerta que conduce al espíritu es abierta para que más del Señor pueda entrar en nosotros, a fin de llenar y fortalecer nuestro espíritu. Cuando nos arrepentimos y confesamos nuestras faltas de esta manera, nuestra parte emotiva sentirá más amor por el Señor y nuestra voluntad decidirá buscar más del Señor. Esto significa que todo el corazón está ejercitado y abierto al Señor, de tal manera, que el espíritu queda liberado para recibir más de Cristo. Entonces el Señor, quien es el Espíritu viviente, llenará y fortalecerá nuestro espíritu y, espontáneamente, Cristo hará Su hogar en nuestro corazón.

Cuando nuestro espíritu sea fortalecido, Cristo podrá hacer Su hogar cada vez más en todas las partes de nuestro corazón. Cristo está ahora en nuestro espíritu, pero El se encuentra encarcelado allí debido a que ponemos nuestra mente en otras cosas y no ejercitamos nuestra conciencia. Debido a que Cristo está encarcelado en nuestro espíritu, debemos arrepentirnos volviendo nuestra mente a El. Luego, debemos confesar nuestros pecados y decirle al Señor que le amamos y que hemos decidido buscarlo a El. Cuando hacemos esto, todo nuestro corazón se abre para que Cristo llene y fortalezca nuestro espíritu. Así, a partir de nuestro espíritu, El se extenderá y hará Su hogar en nuestro corazón. Esto significa que todo nuestro ser vendrá a ser Su morada y Su hogar.

El apóstol entonces añade: “Para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos la profundidad, y de conocer el amor de Cristo, cuál sea la anchura, la longitud, la altura y que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios” (vs. 17-19). En el versículo 17, las palabras *arraigados* y *cimentados* son muy significativas. Ser arraigados significa crecer en vida, y ser cimentados significa ser edificados. Así que, estas dos palabras indican que nosotros debemos crecer y ser edificados. Tenemos que ser arraigados y cimentados en amor a fin de ser

plenamente capaces de comprender, no solos sino con todos los santos, corporativamente, cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad. Esto quiere decir que cuando Cristo esté haciendo Su hogar en nuestros corazones, nosotros estaremos unidos a todos los santos. Nosotros jamás podremos ser edificados mediante el conocimiento. Cuanto más conocimiento acumulemos, más discusiones y divisiones tendremos. Pero cuando Cristo esté haciendo Su hogar en nosotros, no nos interesará el conocimiento, ni las divisiones ni ninguna otra cosa. Lo único que diremos será: "Oh Señor, ten misericordia de mí; estoy escaso de Ti. Estoy lleno de conocimiento y tengo muy poco de Ti. Incluso, es posible que tenga muchos dones, pero carezco de Ti".

Cuando Cristo logre hacer Su hogar en nuestros corazones, esto es, cuando El logre ocupar cada una de las partes internas de nuestro ser, nosotros podremos ser edificados con todos los santos. Entonces ya no seremos meros individuos, sino que habremos sido edificados corporativamente con todos los santos para comprender cuán inconmensurable es Cristo. ¿Qué tan ancha es la anchura? ¿Cuán larga es la longitud? ¿Cuán alta es la altura? ¿Cuán profunda es la profundidad? ¡Estas son las dimensiones de Cristo! Cristo es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad; El es inconmensurable e ilimitado. Debemos percatarnos de las inescrutables riquezas de Cristo y ser llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios. Nosotros no debemos llenarnos de cosas materiales, de conocimiento bíblico ni de los así llamados dones espirituales, sino que debemos ser llenos de Dios mismo. El es el único que puede hacer del Cuerpo de Cristo una realidad. De lo contrario, aunque hablemos de la vida del Cuerpo, no tendremos la realidad del mismo. La realidad de la vida del Cuerpo es la experiencia subjetiva que tenemos del Cristo que mora en nosotros.

Todos deberíamos arrodillarnos y orar-leer estos versículos hasta que la visión celestial nos sea revelada. Repito que no se trata de cosas externas, como lo son el conocimiento, los dones y las señales; se trata absolutamente de experimentar subjetivamente al Cristo que mora en nosotros. El hombre interior necesita ser fortalecido para que Cristo pueda hacer

Su hogar en nuestros corazones, a fin de que seamos llenos interiormente hasta la medida de toda la plenitud de Dios. A medida que tengamos estas experiencias internas del Cristo que mora en nosotros, podremos ser edificados con todos los santos.

Al llegar al capítulo cuatro, vemos que el primer versículo usa la palabra *pues*, lo cual indica que lo que el escritor va a decir, se basa en lo que ya dijo. Todos sabemos que el capítulo cuatro trata sobre la vida del Cuerpo y la edificación del mismo. Allí se nos dice claramente que Cristo como Cabeza no edifica Su Cuerpo directamente, sino por medio de personas dotadas, tales como los apóstoles, profetas, evangelistas, y pastores y maestros. Y ni siquiera ellos mismos edifican la iglesia directamente, sino que perfeccionan a todos los santos al ministrarles a Cristo, a fin de que estos puedan crecer y experimentar subjetivamente al Cristo que mora en ellos, y así crecer en El en todas las cosas. Por un lado, Cristo hará Su hogar en los corazones de ellos al ocupar todo su ser; por otro, ellos crecerán en Cristo en todas las cosas. De este modo, ellos recibirán algo de Cristo y lo compartirán unos con otros, y así causarán el crecimiento del Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor. Es al experimentar a Cristo de esta forma que ellos serán edificados hasta formar el Cuerpo.

Por consiguiente, el factor crucial que determina cómo la iglesia será edificada es la experiencia subjetiva que tengamos del Cristo que mora en nosotros. Las personas dotadas no ministran dones a los santos; más bien, ministran las inescrutables riquezas de Cristo que ellos mismos han experimentado, a fin de que los santos puedan ser perfeccionados en Cristo y crecer en El. Si leemos estos dos capítulos cuidadosamente y los oramos-leemos delante el Señor, tengo la certeza de que El nos dará la visión de que ésta es la única manera en que se edifica la iglesia.

Repito una vez más que la iglesia no se edifica con conocimiento ni con dones. Cuanto más conocimiento acumulemos, más divisiones habrá; y cuanto más dones tengamos, más problemas tendremos. Es solamente al experimentar subjetivamente a Cristo como vida, que podremos tener la vida de iglesia en realidad. Es imprescindible que el hombre interior

sea fortalecido a fin de que Cristo haga Su hogar en nuestros corazones y nosotros crezcamos en El en todas las cosas. Entonces seremos llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios, y por medio de El seremos edificados hasta convertirnos en la morada de Dios en el espíritu.

CAPITULO TRES

ORAR-LEER LA PALABRA

Al nacer un bebé, su necesidad urgente es ingerir algo de leche para ser nutrido. Si carece de nutrimento, el bebé recién nacido no sólo crecerá inadecuadamente, sino que pronto se debilitará y, finalmente, morirá. Asimismo nosotros, después de ser salvos y nacer de nuevo, inmediatamente necesitamos aprender a ingerir al Señor como nuestra leche y nutrimento espiritual. Si no somos nutridos espiritualmente, no podremos crecer adecuadamente y en poco tiempo estaremos espiritualmente muertos.

En los Evangelios, el Señor Jesús se presenta a nosotros como un banquete que podemos beber y comer. En Juan 4, el Señor dice que El es el agua viva que nosotros hemos de beber. En el sexto capítulo del mismo libro, El dice que es el pan de vida que hemos de comer. Luego la Biblia dice en 1 Corintios 12 que “a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. Nosotros bebemos al Señor, le comemos y así le disfrutamos y le recibimos como nuestro nutrimento espiritual. Tenemos que alabar al Señor porque Jesucristo vino a nosotros como un banquete y, como tal, El satisface todas nuestras necesidades y nos provee todo lo que necesitamos. Sabemos que Su nombre es el gran YO SOY, lo cual significa: YO SOY todo lo que Mi pueblo necesita.

LA PALABRA DE DIOS ES NUESTRO ALIMENTO

En 1 Pedro 2:2-3 se halla un pasaje muy importante: “Desead, como niños recién nacidos, la leche de la palabra dada sin engaño, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado lo bueno que es el Señor”. Estos versículos son importantes para nosotros porque nos dicen claramente

cómo saborear al Señor, a saber, al beber “la leche de la palabra dada sin engaño”. Si queremos saborear a Cristo, debemos ingerir la leche de la Palabra. Entonces seremos nutridos para crecer espiritualmente. ¡Alabado sea el Señor, la Biblia dice que hemos *gustado*! No dice que *conocemos* este aspecto o aquel aspecto acerca del Señor, sino que hemos *gustado* al Señor. Cuando bebemos la leche de la Palabra, en realidad saboreamos al Señor. Así que, la manera de saborear al Señor es simplemente beber la leche de la Palabra. La Palabra se nos ha dado no solamente para que la estudiemos o la aprendamos, sino para que la saboreemos. El Señor nutre a Su Cuerpo por medio de Su Palabra. Si deseamos disfrutar al Señor y ser nutridos por El, tenemos que acudir a la Palabra para saborear al Señor.

Sin embargo, la mayoría de nosotros tiene el concepto de que la Biblia es un libro de enseñanzas, un libro lleno de doctrinas. Por eso, acudimos a la Palabra con la intención de entender y saber algo. En toda nuestra vida cristiana, ¿cuánto de la Palabra hemos ingerido como alimento para nutrir nuestro espíritu? Debemos contestar francamente que la mayoría de nosotros ha ingerido muy poco. No debemos leer la Biblia sólo para aprenderla y entenderla. La Biblia no es el árbol del conocimiento; ¡es el árbol de la vida! Si tomamos la Palabra de Dios como el árbol del conocimiento, empleamos mal la Biblia, porque 2 Corintios 3:6 nos dice que la letra mata. Nunca debemos tomar la Biblia como un mero texto, sino como un libro de vida.

Todos los cristianos saben que la Palabra de Dios cumple la función de revelarnos a Dios. Aunque tal declaración es cierta, ésta no es su función principal. La principal función que la Biblia cumple es *impartir en nosotros a Dios como vida* y nutrimento de vida. La Biblia no sólo nos da conocimiento acerca de Dios y de Su amor, sino que nos imparte a Dios mismo. Cuando leamos la Biblia, no deberíamos limitarnos a procurar conocerla ni entenderla, sino que debemos ingerir la esencia de Dios, así como ingerimos nuestros alimentos. Entonces, como alimento, esta sustancia será asimilada en nuestro propio ser.

En 1 Timoteo 4:6 dice que somos “nutridos con las palabras

de la fe". Sin duda hemos leído este versículo muchas veces, ¿pero hemos notado la palabra "nutridos"? ¡Alabado sea el Señor! El concepto del apóstol Pablo era que la Palabra de Dios es alimento para nutrir a los hijos de Dios. Nosotros también debemos tener el mismo entendimiento con respecto a la Palabra de Dios. No debemos considerarla sólo como conocimiento, sino como alimento para nutrirnos y abastecernos siempre.

En 1 Timoteo 1:10 se habla de las cosas que son contrarias a la "sana enseñanza". La Palabra de Dios no solamente consiste de sólidas doctrinas que nuestras mentes entienden, sino de sanas enseñanzas que traen vida. La palabra griega traducida "sana" equivale a la palabra castellana "higiénica". La higiene está relacionada con la salud. Debemos obtener más que palabras ortodoxas; debemos recibir las palabras sanas que nos nutren y nos abastecen.

Las Escrituras contienen por lo menos tres ejemplos de personas que comían la Palabra de Dios. El primero es Jeremías, quien dijo: "Fueron halladas tus palabras, y yo las comí..." (Jer. 15:16a). Comer algo no es simplemente recibirlo, sino asimilarlo. Asimilar algo es recibirlo *en nuestro interior*; digerirlo y hacer que forme parte de nuestro ser. El segundo ejemplo de uno que comía la Palabra de Dios se halla en el libro de Ezequiel, donde el profeta Ezequiel comió la Palabra de Dios (3:1-3). Luego en Apocalipsis 10 leemos que el apóstol Juan también comió la Palabra de Dios.

Jeremías dijo: "Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón" (Jer. 15:16b). Esto es una especie de disfrute o deleite. La Palabra, después que la comemos, se convierte en gozo y también en regocijo. La Palabra de Dios es un disfrute; después que la ingerimos y la asimilamos en nuestro propio ser, se convierte en nuestro gozo interno y en el regocijo que manifestamos. David dijo: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca" (Sal. 119:103). Verdaderamente la Palabra es un disfrute; es aun más dulce y más agradable que la miel a nuestro paladar.

Por estos versículos nos damos cuenta de que la Palabra de Dios no es algo que nosotros debemos solamente aprender, sino aún más, algo que debemos saborear, comer, disfrutar y

digerir. Aun el Señor Jesús indica que la Palabra de Dios es alimento espiritual: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4:4). Toda palabra que procede de la boca de Dios es alimento espiritual cuyo fin es nutrirnos. Este es el alimento por el cual debemos vivir.

LA ESENCIA DE LA PALABRA DE DIOS

¿Cuál es la sustancia, la esencia, de la Palabra de Dios? La respuesta se encuentra en 2 Timoteo 3:16: “Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios...”. Algunas versiones dicen que es “inspirada por Dios”, pero el significado del idioma original es que la Escritura es *exhalada por Dios*. Toda la Escritura es el aliento de Dios. Sabemos que Dios es Espíritu (Jn. 4:24); el Espíritu es la esencia y la naturaleza de Dios. Dios es Espíritu (así como una mesa es madera). Puesto que la Palabra es el aliento de Dios, y Dios es Espíritu, ¡todo lo que es exhalado por Dios debe de ser Espíritu! Por ende, la esencia o naturaleza de la Palabra de Dios es Espíritu; no es solamente un pensamiento, una revelación, una enseñanza o una doctrina, sino Espíritu. El Espíritu es la sustancia misma de la Palabra de Dios. Ahora vemos por qué el Señor Jesús nos dijo que Sus palabras “*son espíritu y vida*” (Jn. 6:63). Ninguna revelación, idea o enseñanza podría ser vida, pero debido a que la Palabra es Espíritu, ella es vida. La naturaleza de este libro es la esencia misma de Dios. Cada vez que leamos este libro, ¡debemos darnos cuenta de que estamos tocando a Dios y relacionándonos con El!

INGERIR LA PALABRA POR MEDIO DE LA ORACIÓN

Habiendo visto que la Palabra de Dios es la esencia misma de Dios y que fue dada para ser nuestro disfrute y nutrimento espiritual, ahora debemos ver la forma apropiada de venir a la Palabra. ¿Cuál es? Debemos considerar la Palabra de Dios presentada en Efesios 6:17-18: “Recibid ... la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios”. El Espíritu es la Palabra de Dios. Enseguida el versículo 18 dice: “...Con toda oración y petición”. Entonces leemos los versículos juntos: “Recibid ... la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios, con toda

oración y petición”. Según este pasaje, ¿en qué forma debemos recibir la Palabra de Dios? Con toda oración y petición. ¡A esto lo llamamos *orar-leer*! Nuevamente, es menester repetirlo: Debemos ingerir la Palabra de Dios por medio de toda oración.

COMO ORAR-LEER

Sencillamente abra la Biblia y *ore-lea* unos pocos versículos en la mañana y en la noche. No es necesario que usted ejercite la mente esforzándose por utilizar las palabras adecuadas al orar, ni tampoco es necesario que reflexione mucho sobre lo que lee. Sólo ore *con* las mismas palabras que lee; en cada página y en cada versículo se halla una oración viviente.

No es necesario que cierre sus ojos cuando esté orando leyendo. Mantenga su mirada fija en la Palabra mientras ore. En los sesenta y seis libros de la Biblia, no podemos encontrar ni un solo versículo que diga que debemos cerrar nuestros ojos para orar, pero sí hay un versículo que nos dice que Jesús levantó los ojos al cielo, diciendo: “Padre...” (Jn. 17:1). El estaba mirando al cielo mientras oraba. No queremos discutir de una manera doctrinal, pero debemos darnos cuenta de que no es necesario cerrar nuestros ojos cuando oramos. ¡es mejor que cerremos nuestra mente! Por ejemplo, al orar-leer Gálatas 2:20 simplemente mire usted la página impresa, donde dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado”. Luego teniendo su mirada fija en la Palabra y *orando desde lo más profundo de su ser*, diga: “Alabado sea el Señor, ‘Con Cristo estoy juntamente crucificado’. ¡Aleluya! ‘Con Cristo crucificado’. ¡Amén! ‘Estoy’. Oh Señor, ‘estoy crucificado’. ¡Alabado sea el Señor! ‘Con Cristo crucificado’. ¡Amén! ‘Con Cristo estoy juntamente crucificado’. ¡Aleluya! ¡Amén! ‘Y ya’. Amén. ‘Y ya’. Amén. ‘No vivo yo’. Oh, Señor, ‘¡No vivo yo!’ ¡Aleluya! ¡Amén! ‘Mas vive Cristo en mí’” etc. Después usted quizás lea Juan 10:10: “Yo he venido para que tengan vida”. Luego, con su mirada puesta en la Biblia, puede orar: “‘Yo he venido’. ¡Amén! ‘Yo he venido’. ¡Aleluya! ‘Yo he venido para que tengan vida’. ¡Alabado sea el Señor! ‘Para que tengan vida’. ¡Aleluya! ‘Vida’. ¡Amén! ‘Vida’. Oh, Señor, ‘vida’”.

No es preciso que usted redacte unas frases o componga una oración. Sólo ore-lea la Palabra. Ore las palabras de

la Biblia tal como se hallan escritas. Finalmente, ¡usted verá que toda la Biblia es un libro de oración! Puede abrir la Biblia en cualquier página y empezar a orar con cualquier pasaje de la Palabra. La Biblia es *el* Libro, el Libro Sagrado. Toda palabra que procede de la boca de Dios es sin par; ni lo mejor que hay en el mundo puede comparársele. El mundo sólo posee palabras proferidas por seres humanos, ¡pero la Biblia contiene la Palabra de Dios! Cada palabra de este libro *es* la Palabra de Dios. Aunque usted no entienda cierto pasaje, todavía será nutrido al orar-leerlo, porque realmente Dios mismo está en Su Palabra, es decir, la Palabra de Dios es Su propio aliento. No es necesario explicar la Palabra ni exponer sobre ella; simplemente ore *valiéndose* de la Palabra. Olvídese de leer, de escudriñar, de entender y de aprender la Palabra; usted debe orar-leer la Palabra. Entonces con el tiempo *realmente* la entenderá. Si pone esto en práctica, ingerirá algo tan nutritivo y fortificante que siempre le fortalecerá y vivificará.

Quizás usted conozca bien todo el libro de Romanos. Pero aun hoy, necesita orar-leer uno o dos versículos de él. Aunque sepamos todo acerca del alimento, aún así debemos tomar algún alimento diariamente. A pesar de lo que sepamos acerca del alimento, ¡de todos modos debemos comerlo! Saber es una cosa, pero comer es otra. No sólo debemos conocer el alimento, sino que debemos comerlo. ¿Cuántas veces ha leído el Evangelio de Juan? Quizás lo haya leído más de cincuenta veces. ¿Pero cuánto de ese libro ha sido ingerido como su alimento y su disfrute? Saber, entender y aun recitar el Evangelio de Juan es una cosa; pero ingerirlo, comerlo o disfrutarlo poco a poco, es otra cosa. Usted puede haber sido cristiano por muchos años, pero no importa cuánto tiempo haya sido cristiano o cuántas veces haya leído este libro, no sólo debe leerlo, ¡sino que debe orar-leerlo! Debe comerlo, participar de él y disfrutarlo día a día.

ORAR-LEER CON OTROS

Para experimentar más disfrute y alimentación, y para orar-leer la Palabra apropiada y adecuadamente, necesitamos al Cuerpo, la iglesia. Podemos disfrutar la Palabra al orar-leerla en privado, pero si lo hacemos con un grupo de cristianos, ¡estaremos en el tercer cielo! Esto se debe a que los

alimentos son dados para todo el Cuerpo, y no sólo para uno de los miembros. No ingerimos alimentos solamente por el bien de nuestro brazo; ni debemos pensar que la mano puede comer por sí misma. No, el alimento debe ser comido por el Cuerpo, y el alimento es dado para el Cuerpo. El principio gobernante es que comemos para todo el Cuerpo, y no sólo para los miembros. Por lo tanto, la mejor manera de orar-leer es hacerlo con otros miembros del Cuerpo. Usted se beneficiará al orar-leer solo, pero verá la diferencia cuando se junte con otros hermanos y hermanas.

Cuando nos reunimos para orar-leer con otros hermanos y hermanas, hay cuatro palabras que debemos recordar: rápido, breve, genuino y fresco. Primero necesitamos orar rápida y espontáneamente, sin vacilar. Si somos rápidos para orar, no tendremos tiempo para pensar o reflexionar mucho. Además, nuestras oraciones deben ser breves, porque para hacer oraciones largas tendríamos que componerlas. Desechemos toda intención de componer oraciones largas, y simplemente expresemos una frase u oración cada vez. Hagámoslo rápida y brevemente. También debemos ser auténticos, sin fingir. Digamos algo de una manera genuina. Finalmente, nuestras oraciones deben ser frescas, y no viejas. La mejor manera de hacer oraciones frescas es no orar con nuestras propias palabras, sino con las palabras de la Biblia. Cada porción y cada línea de este libro pueden ser usadas como una oración, ¡y será la oración más fresca!

Miles de personas han comprobado que ésta es la manera correcta de venir a la Palabra de Dios. Esto ha cambiado por completo las vidas de muchos. Al principio probablemente se sentirán incómodos, pero al practicar con un corazón sincero, tocarán al Espíritu viviente. Si ponen esto en práctica tanto en privado como corporativamente, podrán testificar de las riquezas de Cristo que les hayan sido impartidas al orar-leer la Palabra de Dios; verán bendición y crecimiento en sus vidas espirituales; y habrá un gran cambio. Al tener contacto con la Palabra de esta manera para disfrutar a Cristo y ser nutridos por El, ustedes serán personas que crecen hacia la madurez, personas llenas de vida y saturadas de Aquel que es viviente.

DOS SIERVOS DEL SEÑOR

Agradecemos al Señor que el ministerio que Watchman Nee y su colaborador Witness Lee rindieron al Cuerpo de Cristo ha sido de bendición por más de ochenta años para los hijos del Señor en todos los continentes de la tierra. Sus escritos han sido traducidos a muchos idiomas. Y, puesto que nuestros lectores nos han hecho muchas preguntas con respecto a Watchman Nee y Witness Lee, a manera de respuesta hemos querido presentarles esta breve reseña biográfica sobre la vida y la obra de estos dos hermanos.

Watchman Nee

Watchman Nee recibió a Cristo a los diecisiete años de edad. Su ministerio es muy conocido entre los creyentes de todo el mundo que buscan más del Señor. Sus escritos han sido de gran ayuda para muchos de ellos, especialmente en lo concerniente a la vida espiritual y a la relación que existe entre Cristo y Sus creyentes. No obstante, no muchos conocen otro aspecto de igual importancia en su ministerio, en el cual se enfatiza la práctica de la vida de iglesia y la edificación del Cuerpo de Cristo. De hecho, el hermano Nee es autor de muchos libros, tanto acerca de la vida cristiana como acerca de la vida de iglesia. Hasta el final de sus días, Watchman Nee fue un don dado por el Señor para mostrarnos la revelación hallada en la Palabra de Dios. Después de padecer sufrimientos durante veinte años en una prisión en China, a la que estuvo confinado a causa de su fe en el Señor, nuestro hermano murió en 1972 como un fiel testigo de Jesucristo.

Witness Lee

Witness Lee fue el colaborador más cercano que tuvo Watchman Nee y el que le mereció mayor confianza. En 1925, a los diecinueve años de edad, Witness Lee experimentó una

dinámica regeneración espiritual y se consagró al Dios vivo a fin de servirle. A partir de entonces, se dedicó a estudiar la Biblia intensivamente. En los primeros siete años de su vida cristiana fue grandemente influenciado por la Asamblea de los hermanos de Plymouth. Después, conoció a Watchman Nee y durante los siguientes diecisiete años, hasta 1949, fue colaborador del hermano Nee en China. Durante la segunda guerra mundial, cuando Japón invadió a China, Witness Lee fue encarcelado por los japoneses y sufrió por causa de su fiel servicio al Señor. El ministerio y la obra de estos dos siervos del Señor trajo un gran avivamiento entre los cristianos de China, resultando en la propagación del evangelio por todo el país, así como en la edificación de cientos de iglesias.

En 1949 Watchman Nee congregó a todos los colaboradores que servían con él en China y, en tal ocasión, encargó a Witness Lee la continuación del ministerio mas allá de las fronteras de China continental, en la isla de Taiwan. En los años que siguieron, la bendición de Dios sobre la obra en Taiwan y el sudeste de Asia hizo que se establecieran más de cien iglesias en esa región.

A comienzos de 1960, Witness Lee fue dirigido por el Señor a radicarse en los Estados Unidos, donde ministró y laboró para el beneficio de los hijos del Señor durante más de treinta y cinco años. Vivió en la ciudad de Anaheim, en California, desde 1974 hasta que partió para estar con el Señor en junio de 1997. A lo largo de sus años de servicio en los Estados Unidos, el hermano Lee escribió más de 300 libros.

El ministerio de Witness Lee es particularmente beneficioso para aquellos cristianos que buscan más del Señor y anhelan conocer y experimentar más profundamente las inescrutables riquezas de Cristo. Al darnos acceso a la revelación divina contenida en las Escrituras, el ministerio del hermano Lee nos revela la manera de conocer a Cristo con miras a la edificación de la iglesia, la cual es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. Todos los creyentes deben participar en el ministerio de edificar el Cuerpo de Cristo, a fin de que el Cuerpo se edifique a sí mismo en amor. Sólo si se lleva a cabo dicha edificación se podrá cumplir el propósito del Señor, y así podremos satisfacer el anhelo de Su corazón.

La característica principal del ministerio de ambos hermanos yace en que ellos enseñaron la verdad basados en la palabra pura de la Biblia.

A continuación, detallamos brevemente las principales creencias que profesaron Watchman Nee y Witness Lee:

1. La Santa Biblia es la revelación divina, completa e infalible, dada por el aliento de Dios y cuyas palabras fueron inspiradas por el Espíritu Santo.

2. Hay un único Dios, a saber, el Dios Triuno: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo coexisten simultáneamente y moran el Uno en el Otro desde la eternidad hasta la eternidad.

3. El Hijo de Dios, quien es Dios mismo, a fin de ser nuestro Redentor y Salvador, se encarnó al hacerse un hombre llamado Jesús, el cual nació de la virgen María.

4. Jesús, quien es un auténtico ser humano, vivió en la tierra por treinta y tres años y medio con el fin de dar a conocer a Dios el Padre a los hombres.

5. Jesús, el Cristo ungido por Dios con Su Espíritu Santo, murió en la cruz por nuestros pecados y derramó Su sangre para efectuar nuestra redención.

6. Jesucristo, después de permanecer tres días en el sepulcro, fue levantado de entre los muertos y cuarenta días después El ascendió al cielo, donde Dios le hizo Señor de todos.

7. Cristo, después de Su ascensión, derramó el Espíritu de Dios sobre Sus escogidos, Sus miembros, bautizándolos en un solo Cuerpo. Dicho Espíritu se mueve en la tierra hoy con el propósito de convencer a los pecadores de sus pecados, regenerar al pueblo escogido de Dios impartiendo la vida divina, morar en los que creen en Cristo para que ellos crezcan en la vida divina y edificar el Cuerpo de Cristo, con miras a que Cristo obtenga Su plena expresión.

8. Cristo, al final de la era presente, regresará para arrebatarse a Sus creyentes, juzgar al mundo, tomar posesión de la tierra y establecer Su reino eterno.

9. Los santos vencedores reinarán con Cristo durante el reino milenario, y todos los que creen en Cristo participarán de las bendiciones divinas en la Nueva Jerusalén, en el cielo nuevo y la tierra nueva por toda la eternidad.

Política de distribución

Living Stream Ministry se complace en hacer disponibles gratuitamente las versiones electrónicas de estos siete libros. Esperamos que muchos lean estos libros en su totalidad y se sientan en libertad de referírselos a otros. Les rogamos que a fin de conservar el orden limite a su uso personal la impresión de estos archivos. Por favor, no traslade estos archivos en manera alguna a otro lugar. Si desea hacer copias adicionales de estos archivos, por favor, háganos llegar una solicitud escrita a copyrights@lsm.org. También solicitamos que se respeten todos los avisos de derechos de autor conforme a las leyes que aplican. Estos archivos PDF no pueden ser modificados ni desarticulados en manera alguna para ningún otro uso.